

## LA QUINTA COLUMNA

# Sin banderas naturales



**L**EOPOLDO Calvo-Sotelo no tiene suerte con sus pronósticos. Su proclividad a orientar la información le conduce lamentablemente a descuidarla. Decretó en las Cortes que había terminado la transición y acto seguido se le encaramó Tejero a la misma tribuna. Mostró, en su rueda de prensa, una convicción absoluta sobre la tranquilidad del estamento militar, y confundió tan excelente deseo con un diagnóstico, tras confirmar, contra viento y marea, a su ministro de Defensa. Su Gobierno le creyó y se marchó de puente. La noticia del manifiesto de oficiales y suboficiales le sorprendió en la Cava Baja, y los vigías del gabinete telefónico de Presidencia, uno de los equipos más discretos y competentes de la transición (la cual, por supuesto, continúa) cazaban uno por uno a los ministros en vuelo para devolverles a sus Departamentos desiertos. El manifiesto es muy grave; y el mando superior (eso de la cúpula militar me suena a hortera) lo considera, de momento, como un acto de indisciplina. No pienso interferir, como ya se ha hecho, ridículamente, desde la izquierda y desde el liberalismo radical, en las decisiones del mando militar. Pero lo menos que puede hacer un español sensato, antes de rasgarse las vestiduras del miedo, es leer detenidamente el manifiesto y pedir al cielo que acertemos entre todos a remediar sus causas antes de fustigar ciegamente sus efectos. Estoy seguro de que la mayoría de mis lectores reprobarán el método elegido por los cien firmantes, la comunicación pública en ausencia del Rey y los evidentes deseos de aguar la fiesta popular de la Constitución. Estoy seguro también de que algunas reacciones utópicas —esta es la España de la transición, no la Inglaterra de Jorge V— pueden absurdamente dar a los firmantes del manifiesto la parte de razón que han perdido con su indisciplina. Pero en todo caso deben valorarse los hechos, sin sustituirlos por el deseo o el engaño.

Como han hecho, por desgracia, los portavoces oficiosos al comentar las banderas del domingo. Voy a decir lo que vi camino de la Academia, al atardecer. Muchas banderas oficiales; el Ayuntamiento se volcó en los mástiles callejeros. Un fracaso total de banderas naturales. Casas enteras, manzanas enteras sin una colgadura. Recorrí con incredulidad primero, con estupor después, varias urbanizaciones periféricas, cada vez más pobladas por las familias que huyen del Ayuntamiento del señor Tierno; entré por la calle Mayor, rodeé el Retiro, regresé por Ríos Rosas y Cuatro Caminos. Menos de una bandera por cada doscientos balcones; menos de una por cada doscientos automóviles. Cierro bufón mañana: dice que recorrió Madrid engalana-

do. Sería, como casi todo lo suyo, un chiste malo.

Sin reconocer los hechos —que fueron así— jamás acertaremos con los remedios. Al llegar a la calle de Felipe IV —ni una sola bandera en los balcones— entramos en el gran salón de la Academia, helado y semivacío. El presidente Rafael Caldera oficiaba, con Dámaso Alonso, en el acto cultural más importante del año en Madrid, el homenaje de España al genial polígrafo de España y las Américas, Andrés Bello, al segundo centenario de su nacimiento como ciudadano español en Caracas. «Para Bello éste es el día más feliz de su eternidad», me decía, con emoción suprema, el prócer venezolano, el gran estadista atlántico, antes de su maravillosa lección de Historia, y

de Filología, y de Hispanidad. Reinaba el frío de la contaminación y las banderas en el salón destartado, de cuyo arco central pendían, provocativas, dos grandes telarañas. Dos comandos democristianos rellenaban algunos huecos; Fernando Alvarez de Miranda y Luis Vega, en las butacas; Iñigo Cavero, en la presidencia; Eugenio Nasarre, arrebujado, al fondo del estrado, en Luis Rosales. Manuel Fraga tenía que estar allí y estaba, detrás de un rozagante Julián Marias. Me dijo todo, con dos gestos, Eugenio Montes. Cuando falló el micrófono se impuso, en el aula espaciada de abrigos, la voz pausada de don Rafael ante la Irreal Academia Española, que debería encomendar la organización de sus actos a José Manuel Lara.

La clase política, de puente, repasa-ba sus notas. De cómo una llamada de Antonio Garrigues descalificó para ministro a Antonio Jiménez Blanco; de cómo Martín Villa, para hacer ministro a mi vecino de la derecha, Manolo Núñez, tuvo que desnombrar a mi vecino de la izquierda, Lorenzo Olarte, otra gran ocasión perdida para situar a Canarias en el Gobierno. De cómo Luis Gámir se quedó dentro cuando Fernández Ordóñez le negó la secretaría general del partido disidente.

Los servicios de intoxicación, decididos a enmascarar el vacío de las banderas naturales, no supieron jamás de Andrés Bello ni desmentían aún la gravísima noticia que surgió, esa mañana, del Banco de España: por primera vez en cuarenta años la Renta Nacional de España dejaba de subir; bajaba 0,9 puntos en 1981. Como acabó de decirle a Luis del Olmo, ya no hay política para el desencanto: pero va a salvarnos, ya lo verán, el ansia de vivir.

Ricardo DE LA CIERVA